

Acto primero

La escena representa un vestíbulo guarangamente amueblado. Como detalles de rigor: un gran cuadro con el retrato al óleo de un capitán del ejército y otro un poco más chico conteniendo condecoraciones militares: cordones, medallas, etc. Sobre una mesa hay una gran caja de cartón y delante de ésta se encuentra de pie doña María examinando unas blusas que va sacando del interior de la caja. A pocos pasos, en actitud de espera, un muchacho.

DOÑA MARÍA. - (Concluyendo de examinar las blusas.) ¡Qué preciosura! ¡Son una monada!... (Mirando al muchacho.) Dígale que muchas gracias, que se las agradezco muchísimo. (Acentuando.) Y que Carmen le manda muchos recuerdos... Dígale así. (Haciendo un gesto después que el muchacho saluda y se va por la derecha.) Son regularcitas, no más... (Gritando.) ¡Carmen! (Volviendo al comentario.) Algún saldo que no le servía... (Gritando con más fuerza.) ¡Carmen!... (A Carmen, que aparece por la izquierda.) Mirá, mirá el regalo que te manda Rocamora, el del registro: una blusa para vos y otra para cada una de tus hermanas...

CARMEN. - (Fruñiendo el ceño.) ¿Blusas?

DOÑA MARÍA. - (Sin apercibirse del gesto de Carmen.) Sí, aquí las tenés. No son feas, sobre todo la tuya... mirá. (Levanta en alto una blusa.)

CARMEN. - (Sin preocuparse de la blusa y con fastidio.) ¡No debía de habérselas recibido!

DOÑA MARÍA. - (Encarándose con ella.) ¡Che... che... che!... ¿Estás loca?... ¿Qué querés decir?

CARMEN. - (Con aflicción.) Pero ¿usted no sabe acaso, que Rocamora me pretende?

DOÑA MARÍA. - ¡Vaya una novedad!... ¿y qué hay con eso?

CARMEN. - ¿Usted no sabe que le he dicho que no consentiré nunca en casarme con él?

DOÑA MARÍA. - Sí, y demasiado bueno es el pobre que todavía te hace regalos. ¡Razón de más para agradecerseles... me parece! ¿O es que querés prohibirle ahora que sea generoso si quiere serlo?... ¡Es lo único que faltaba!

CARMEN. - (Con soberbia.) ¡Sí, mama!... ¡que se guarde sus generosidades porque yo no las necesito!

DOÑA MARÍA. - ¿Que no las necesitás?... (La mira un momento y después desdeñosamente.) ¡No me hagás reír, infeliz! Pero, decime, ¿qué es lo que te has creído? ¿qué te imaginás que sos?... ¿No comprendés, acaso, que en nuestra situación necesitamos de todo el mundo? ¿Que es preciso vivir?... ¿Que los ciento cincuenta miserables pesos que nos da de pensión el gobierno no alcanzan para nada? ¿A qué vienen esos aires, entonces? ¿A quién vas a engañar con eso?

CARMEN. - (Con abatimiento.) ¡Si yo no pretendo engañar, mama!

DOÑA MARÍA. - (Con irritación.) ¡Explicate, explicate, entonces!... (Brusca transición, con sincera alarma.) ¡O qué!... ¿te ha faltado acaso?

CARMEN. - (Con altanería.) ¿Faltarme?

DOÑA MARÍA. - (Con naturalidad.) ¿Y entonces?

CARMEN. - (Con amargura.) ¡Pero si sabe que no lo puedo ver!... ¡Si lo sabe!... ¡y precisamente por eso es que se empeña, como si quisiera someterme... obligarme! (Con arranque.) ¡Eso es lo que no puedo soportar, mama!

DOÑA MARÍA. - (Con indiferencia.) ¡Bah, no seas zonga!... Con recibirle los regalos y ponerle buena cara, estás del otro lado... Nadie te pide otra cosa... una sonrisa a tiempo ¡y se acabó!

CARMEN. - (Con angustia.) ¡Pero si precisamente es lo que no puedo! No lo hago por él... ¡lo hago por mí! En cada uno de sus regalos veo el pago anticipado de esa sonrisa que me pretende arrancar... y me subleva tanto, me da tanta rabia y tal vergüenza ¡que siento ganas de tirarle por la cara la porquería que me trae! (Con un gesto de rabia.) ¡Ah, la sola idea de que pueda creerlo!... (Cambiando bruscamente de tono y con desaliento.) ¡Pero ya sé, mama, que usted no me entiende!...

DOÑA MARÍA. - (Con acento reconcentrado y mucha amargura.) Te equivocás... te equivocás, ¡pretenciosa ridícula! ¡Demasiado que te entiendo! Lo que tiene es que tengo un poco más de mundo que vos y conozco mejor la vida... ¡Ya lo creo que te entiendo! ¡Sos el retrato de tu pobre padre! (Mira al óleo del capitán.) ¡Así era él también y se le llenaba la boca con las mismas pavadas! (Ahuecando la voz.) ¡El capitán Barranco no se vende!... ¡el capitán Barranco no se humilla!... ¡El capitán Barranco cumplirá con su deber!... (Volviendo a la voz natural y con acento despreciativo.) Y el capitán Barranco, entre miserias y privaciones, terminó en un hospital... porque no había en su casa recursos para atenderlo. ¡Eso es lo que sacó el capitán Barranco con sus

delicadezas! (Exaltándose y con acento duro.) Pero la viuda del capitán Barranco es otra cosa, ¡entendelo bien! No vive de ilusiones... Sabe que tiene tres hijas que mantener, tres zánganas, ¡a cual más inútil!, que se lo pasan preocupadas de moños y composturas, mientras la pobre madre tiene que buscarse como Dios le ayude el zoquete diario que han de llevarse a la boca para no morir de hambre. ¡Por eso también, la viuda del capitán Barranco sabe lo que tiene que hacer! (Con tono imperativo y lleno de amenaza.) Y ahora, lleve adentro esas blusas y ¡cuidado con que cuando venga Rocamora no le dé usted las gracias con toda amabilidad!... (Carmen, en silencio, se dirige sumisamente hacia el sitio donde se encuentra la caja de blusas y en ese momento golpean las manos hacia la derecha.) Pero, ¡miren cómo han puesto el suelo de papeles! (Empieza a levantar papeles.) ¡Si no digo! ¡Estas haraganas no sirven para nada! (Gritando.) ¡Manuela!... (Aproximándose hacia la izquierda y en voz alta hacia el exterior.) ¡Manuela!...

Voz de MANUELA - (Desde el interior.) ¿Qué quiere?

DOÑA MARIA. - Vení para acá. (Sigue recogiendo papeles.) Vení a ver cómo está esto.

Voz de MANUELA - No puedo, me estoy haciendo los rulos...

DOÑA MARÍA. - (Gritándole mientras sigue en la tarea de recoger papeles.) ¡Yo te voy a dar rulos, sinvergüenza! ¡Deja no más! (En otro tono leyendo la inscripción de un trozo de papel que recoge del suelo.) Se alquila... (Leyendo la del otro papel.) ¡Mire, esto! Se alquila con h. ¡Para qué les habrá servido la escuela a estas inservibles! (Leyendo rápidamente la inscripción de otro papel.) ¡Otra!... pieza con z... (Como dudando.) Con z... con z... (Resolviendo el caso.) ¡Qué barbaridad! ¡Parece mentira!... (Interrumpiendo bruscamente la tarea para aproximarse de nuevo a la izquierda y gritando.) Decime, ¿le prendieron el cabo de vela a San Antonio?

Voz de MANUELA - No sé, yo le dije a Pepa. (Gritando.) ¡Pepa! ¡te llama mama!...

(Aparece por la derecha doña Rosario saludando con la cabeza y precedida de Carmen.)

CARMEN. - Mama, esta señora viene por la pieza desalquilada.

DOÑA MARÍA. - (Muy amable.) Pase adelante, señora, pase adelante. (Tira a un lado una pelota de papel que ha ido formando con los pedazos recogidos del suelo.)

DOÑA ROSARIO. - Sí, señora. Como vi papel en el balcón.

Voz de MANUELA - (En el interior.) ¡Pepa!

DOÑA MARÍA. - Sí, sí... tome usted asiento. (Le señala una silla.)

DOÑA ROSARIO. - (Sentándose.) Pero me dice esta señorita que la pieza es muy chica...

DOÑA MARÍA. - ¿Chica? ¡Qué ha de ser chica, señora! (Dirige una mirada furibunda a Carmen.) Es una pieza muy decente... Ya la verá usted... (A Carmen.) Andá, abrila, que enseguida vamos nosotras.

Voz de MANUELA - (Mientras Carmen vase por el foro.) ¡Pepa, te digo que te llama mama!

DOÑA MARÍA. - (A doña Rosario.) Pues ayer precisamente quedó desocupada. ¡Oh!, estoy segura que le va a gustar mucho.

Voz de MANUELA - ¡Bueno, a mí qué me importa!... ¡Yo te digo lo que dice ella!

DOÑA MARÍA. - (Después de dirigir una mirada de inquietud hacia la izquierda y con cierta nerviosidad.)

Durante mucho tiempo ha vivido la viuda de un coronel. ¡Como ésta es una casa tan tranquila!... No tengo sino otro inquilino, un estudiante de las provincias.

Voz de MANUELA - (Levantando el diapasón.) Más zonza serás vos... ¿entendés?

DOÑA MARÍA. - (Apresuradamente y muy nerviosa.) Estudiante de medicina... ¿Sabe? de medicina.

Voz de MANUELA - ¡La idiota sos vos!... ¿Qué te has creído?

DOÑA MARÍA. - (Con tono de reconvención, en alta voz y mirando hacia la izquierda.) ¡Manuela!

Voz de PEPA. - (Más lejana que la de Manuela.) ¿A que no me lo repetís?

DOÑA MARÍA. - (Levantando la voz.) ¡Niñas!...

Voz de PEPA. - (Con el mismo diapasón que la de Manuela.) ¡Guaranga!

Voz de MANUELA. - ¡Estúpida! (Se produce una gritería en la que las dos voces se insultan.)

DOÑA MARÍA. - (Sofocada.) Discúlpeme usted... (Dirigiéndose precipitadamente hacia la izquierda.)

¡Niñas!... ¡niñas!...

PEPA. (Apareciendo bruscamente por la izquierda y con la cara descompuesta.) ¿Es cierto que usted me llama?... (Se detiene sorprendida al encontrarse con doña Rosario.)

DOÑA MARÍA. - (Con voz contenida por la ira.) Esta señora viene a alquilar la pieza... (Señala a doña Rosario.)

PEPA. (A doña Rosario y tratando de sonreír.) Perdone, señora... ¡estábamos jugando!

MANUELA. - (Apareciendo a su vez por la izquierda, muy sofocada y con la cabeza llena de papelitos.) ¡Mentira!, mama, ¡ha sido ella!... (Se detiene confusa.)

CARMEN. - (Apareciendo por el foro.) Ya está abierta la pieza, pueden pasar.

DOÑA MARÍA. - (A doña Rosario con voz apagada y señalando a Manuela, Pepa y Carmen.) Son mis tres hijas... (En otro tono.) ¿Quiere que pasemos?... (Le indica el foro.)

DOÑA ROSARIO. - - Vamos, señora. (Se dirigen ambas hacia el foro, y Manuela, Pepa y Carmen las miran salir en silencio. Antes de desaparecer doña María, y sin que doña Rosario se aperciba, hace señas de amenaza a Manuela y Pepa.)

PEPA. (A Manuela.) Ahí tenés lo que has sacado... ¿ves?

MANUELA. - (Encogiéndose de hombros.) ¡Oh!... ¿y acaso tengo yo la culpa?... ¿por qué no viniste cuando te llamé?

CARMEN. - ¿Qué ¿Qué ha sucedido?

PEPA. - Esta guaranga que se puso a gritar, haciendo un escándalo que ha oído esa vieja.

CARMEN. - (Con tristeza.) ¡Ustedes siempre lo mismo!... (Mientras se adelanta unos pasos hacia la derecha.) ¿Cuándo acabarán estas cosas?

PEPA. - (Con acritud.) ¡Adiós! ¡Ya salió la otra!... (Avanzando hacia Carmen y con visible irritación.) Pero, decime, ¿qué es lo que te has figurado?... ¡Cualquiera diría que te creés mejor que las demás! (Carmen, sin responder, hace un movimiento de hombros.)

MANUELA. - (A Pepa, tomándola del brazo.) ¡Dejala, mujer!... ¡si es una romántica!

PEPA. - (Resistiéndose y con aire provocativo.) ¡No... es que ya estoy hasta aquí... (Se pasa un dedo por la frente.) ...de las pavadas de ésta!

MANUELA. - (Tironeándola del brazo.) Bueno... dejala, no hay que hacerle caso.

PEPA. - (Sin cejar y con acento despreciativo.) ¿Qué se habrá creído esta infeliz?... (Mira a Carmen de arriba abajo.)

MANUELA. - (Soltando bruscamente el brazo de Pepa y separándose de ella unos pasos para examinarle los botines que lleva puestos.) ¡Che... che... che!... ¿Y esos botines?

PEPA. - (Encarándose con Manuela.) ¿Qué te importa?

MANUELA. - ¿Cómo, qué me importa?... ¡Ya te he dicho que no quiero que te pongás mis botines!

PEPA. - (Dirigiéndose a salir por la izquierda.) ¡Oh... no seas zonza!

MANUELA. - (Exasperada y siguiéndola.) ¡Es que te los vas a sacar!

PEPA. - (Dándose vuelta antes de salir y con mucha irritación.) Mirá, ¿eh?... ¡no me vengás con cuestiones! (Vase.)

MANUELA. - (Saliendo detrás de Pepa.) ¡Te digo que me des los botines!... ¡dame los botines! (Siguen las voces hasta perderse.)

(Morales ha aparecido un momento antes por el foro y deteniéndose en la puerta ha oído las últimas palabras de la escena anterior.)

MORALES. - (Riendo.) ¡Lo de siempre!... (Se adelanta.)

CARMEN. - (Sonriendo.) ¡Qué quiere usted!... ¡No pueden vivir sin pelear! (En otro tono.) ¿Ya se va al hospital?

MORALES. - (Mirando al reloj.) Sí, a las tres tengo clase. (Transición.) ¿Quién es esa señora que está en el fondo con su mamá?

CARMEN. - (Sonriendo.) Una futura vecina suya.

MORALES. - (Con cómica sorpresa.) ¿Viene a alquilar la otra pieza?

CARMEN. - Así parece.

MORALES. - (Riendo.) ¡Pues la felicito! (Ambos ríen. Transición.) Y ¡qué milagro!... ¿No ha venido nadie?

CARMEN. - Nadie... ¿por qué?

MORALES. - (Con intención.) ¡Como al Rocamora ese lo veo con tanta frecuencia!...

CARMEN. - (Haciendo un gesto de indiferencia.) ¡Ah!... (Deja de reír.)

MORALES. - Y anteanoche había otro nuevo... Me dijeron que se llama Barroso... ¿no?

CARMEN. - Sí, es un dentista de aquí de la esquina.

MORALES. - (Con acento reconcentrado y después de mirarla un instante en silencio.) ¡Ah! ¡Carmen!... ¡Carmen!... (Se adelanta hacia ella.)

CARMEN. - (Vivamente.) ¡Por favor, Morales!... no empecemos. Ya sabe lo convenido. Si hemos de ser amigos... (Con amargura.) ¡No me mortifique usted también!...

MORALES. - (Apresuradamente y con pena.) Sí... sí... me callo... (En otro tono y sacando del bolsillo un sobre del que toma un papelito.) Aquí le he traído el palco... no encontré bajo, pero es adelante. (Le extiende el billete.)

CARMEN. - (Con sorpresa y sin tomar el billete.) ¿Palco?... ¿qué palco?

MORALES. - Pero, el que me pidió su mamá en nombre suyo...

CARMEN. - (Frunciendo el ceño.) Yo no he pedido nada, Morales.

MORALES. - (Sorprendido.) ¡Pero si me dijo la señora que usted deseaba ir al teatro, y que quería que yo le consiguiera una localidad!

CARMEN. - (Con dureza.) Es mentira, Morales.

MORALES. - ¿Mentira?

CARMEN.- (Con irritación.) ¡Sí!, mentira, ¡la eterna mentira que ya me tiene enferma! Son cosas de mi madre... Yo no le he pedido a usted nada. ¡Llévese ese palco!

MORALES. - (Sorprendido.) Bueno, Carmen, bueno... ¡no es para tanto! Además tenga en cuenta que yo...

CARMEN. - (Interrumpiéndolo y reaccionando.) ¡Discúlpeme!... (En tono de súplica.) Pero... ¡yo se lo ruego!... ¡entiéndame usted bien!... ¡No quiero que me traiga usted nunca nada! (Levantando la voz.) Y aunque se lo digan... ¿oye?... ¡aunque se lo digan, no lo crea! (Exaltándose.) ¡Porque si mi madre y mis hermanas... (Deteniéndose y con desaliento.) Pero... (Haciendo un gesto de abatimiento y resignación.) ¡Al fin es mi madre y son mis hermanas!... (Con voz apagada.) No hablemos más, Morales.

MORALES. - (Con gravedad y mirándola fijamente.) Sí, Carmen, sí, lo comprendo...

CARMEN. - (Exaltándose de nuevo.) ¡Que hagan lo que quieran!... ¡Pero por lo menos que me dejen a mí!... ¡que no me mezclen a mí! (Con desesperación.) ¡Yo no quiero!... ¡yo no puedo!

MORALES. - Cállese. No me perdono haberle causado esta contrariedad.

CARMEN. - (Exaltada.) ¡Es que es de todos los días!... ¡A cada rato!... ¡usted lo sabe!... ¡es con todos los que vienen a esta casa! ¡Y siempre soy yo el precio!... ¡siempre!... ¡Ah!... ¡Si supieran el efecto que me hacen estas cosas!... ¡Si supieran cómo me duelen!... ¡cómo me lastiman!... ¡todo lo que sufro!... (Doña María y doña Rosario aparecen por el foro discutiendo.)

DOÑA ROSARIO. - Imposible, señora, imposible... ¿Para qué?

DOÑA MARÍA. - (Agriamente.) ¡Pues no sé dónde va a encontrar mejor, ni más barata!

DOÑA ROSARIO. - Eso es cuestión mía, señora. Adiós. (Se dirige hacia la derecha, haciendo un saludo con la cabeza a Carmen y a Morales.)

DOÑA MARÍA. - (Gritándole rabiosa.) ¡Alquile la plaza Victoria, y así tendrá jardín!...

DOÑA ROSARIO. - (Dándose vuelta antes de salir.) ¡Y usted a su pieza póngale unos palitos y le resultará pajarera... (Desaparece por la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (Avanzando rabiosa, a gritos.) ¡Con usted adentro como lechuga! (Después de asomarse hacia el exterior.) ¡Miren la facha! (A Carmen con irritación.) Enseguida das vuelta a San Antonio del lado de la pared. ¡Bonitos inquilinos los que trae!...

CARMEN. - (Observando.) Pero, mamá...

DOÑA MARÍA. - (Encarándose con ella y remedándole la voz.) Mama... mama... (Volviendo a su voz natural y rabiosa.) Ahí tenés lo que sacás... ¿ves?... ¿Por qué le dijiste que la pieza era chica?

CARMEN. - ¡Pero si de todos modos iba a verla! ... ¿O usted cree que no la alquila por lo que yo le dije?

DOÑA MARÍA. - (Rabiosa.) ¿Pero qué necesidad tenías de decírselo?

CARMEN. - (Sonriendo.) ¿Y para qué mentir, mamá?

DOÑA MARÍA. - (Exasperada.) ¡Idiota!... ¡ni siquiera servís para eso!... (Dejando a Carmen y encarándose con Morales.) ¿Y usted, por supuesto, se olvidó de mi encargo?... ¡Cuándo no!

MORALES. - (Sonriendo.) No, señora, aquí lo tengo. (Saca del bolsillo del chaleco el boleto del palco.) Pero... (Mirando a Carmen.) Carmen no lo quiere.

DOÑA MARÍA. - (Dirigiendo una mirada furibunda a Carmen.) ¿Que no lo quiere?... (Aproximándose bruscamente a Morales.) ¡Traiga para acá, hombre!... (Le saca el boleto de las manos.) ¡Si se está muriendo de ganas! ... (Mira indignada a Carmen.) ¡Es de puro remilgada que es! ¡Usted no la conoce!...

CARMEN. - (Con arranque.) No diga eso, mamá, porque yo...

DOÑA MARÍA. - (Con furia e interrumpiéndola.) ¡Usted... usted... se calla la boca! (Mira fijamente a Carmen que, intimidada, guarda silencio y baja los ojos. Después de convencerse de que Carmen la obedece, dirigiéndose a Morales y en tono desdeñoso.) Desde anoche no hace más que hablar del palco... (Mirando a Carmen con desprecio.) ¡Y quién la ve después!... (Gravemente a Morales y mientras guarda en el bolsillo el billete del palco.) Muchas gracias, Morales.

MORALES. - (Mirando el reloj.) Me voy. (Afectuosamente al pasar por delante de Carmen mientras se dirige a salir por la derecha.) Hasta luego, Carmen.

CARMEN. - Hasta luego, Morales.

DOÑA MARÍA. - (Gritándole a Morales antes de que salga.) ¿Va para el hospital?

MORALES. - (Deteniéndose.) Sí, señora.

DOÑA MARÍA. - (Amablemente.) Entonces... si llega a ir la mujer de las empanadas... ¡a ver si se trae unas empanaditas, pues!

MORALES. - (Sonriendo.) ¡Cómo no! (Desaparece por la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (Duramente a Carmen, después de quedar solas.) ¿Con que ya le habías dicho que no?...

(Desdeñosa.) ¡Ah! ¡infeliz! (Secamente.) Llévate esas blusas para adentro y mostráselas a tus hermanas.

(Carmen en silencio se acerca a tomar las cajas de las blusas.)

(Manuela entra corriendo por la izquierda y sale en igual forma por la derecha.)

MANUELA. - (Al pasar.) ¡¡Ahí está!!

DOÑA MARÍA. - (Mirándola salir.) ¡Oh!... ¿y ésta?

CARMEN. - (Mientras se dirige a salir por la izquierda con la caja de las blusas.) Debe ser el rubio flaco, a quien habrá visto desde el balcón...

DOÑA MARÍA. - ¿Qué rubio flaco?

CARMEN. - (Deteniéndose un momento.) Ese que se para siempre en la esquina, y que desde hace unas cuantas tardes había desaparecido. (Con firmeza.) Usted debía prohibirles eso... ¡es un escándalo! (Vase por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (Con fastidio.) ¡Ah! ... ¡es el de los pantalones cortos! (Mientras empieza de nuevo a recoger papeles del suelo.) ¡Mire que perder el tiempo con semejantes tipos!... (Con pena.) Y que todos los de Manuela sean iguales... ¡qué desgracia de muchacha!

MANUELA. - (Entrando por la derecha y riendo con fuerza.) ¡Qué casualidad! El flaco que tiraba la carta a la escalera... (Muestra una carta que trae en la mano.) ¡Y Morales que bajaba!... ¡No tuvo más remedio que alcanzármela!

DOÑA MARÍA. - (Muy seria.) ¡Hum!... ¡ya no me está gustando mucho el flaco ese!... ¿Qué es lo que quiere? Si sólo lo hacés por entretenerme, nada tengo que decir; pero que no se vaya acercando demasiado... ¡yo no quiero atorrantes en mi casa!

MANUELA. - (Riendo.) No, mama... ¡si ni piensa en venir!

DOÑA MARÍA. - (Dignamente.) Y cuidadito con contestarle las cartas... ¿eh?

MANUELA. - (Escandalizada y en tono de reproche.) ¡Pero, mama, por Dios!... ¿Cómo se le ocurre que le voy a escribir? (Con naturalidad.) Le contesto por señas desde el balcón.

DOÑA MARÍA. - (Natural.) Y eso mismo, que no sea cuando pase mucha gente. (Oyendo golpear las manos hacia la derecha.) A ver, a ver, ahí golpean las manos... debe ser un inquilino. (Mientras Manuela vase por la derecha.) ¡Seguro!... ¡Si ya se sabe! ¡castigándolo San Antonio no falla! (Se asoma por el foro la cocinera con una cacerola en la mano.)

COCINERA. - Señora, no hay...

DOÑA MARÍA. - (Interrumpiéndola indignada.) Mándese mudar, ¡atrevida! ¿Quién le pregunta si hay o no hay? ¡A la cocina! (La cocinera desaparece.)

MANUELA. - (Entrando por la derecha con un ramo de flores en la mano.) Es un ramo que manda el dentista para Carmen.

DOÑA MARÍA. - ¿Qué dentista?

MANUELA. - Barroso, el de la esquina... (Doña María la mira como si no comprendiese.) ¡Ese tilingo que se lo pasa en la azotea mirando con anteojo!

DOÑA MARÍA. - ¡Ah!... (Con fastidio.) ¡Si será zonzos!... ¡mire que venirse tan luego con ramos!... Si fuera algo que sirviera. (Imperativa.) A ver, traé para acá. (Toma el ramo, lo examina y después de una pausa, bruscamente.) Decíle a la cocinera que se lo lleve a la mujer del boticario y le diga de mi parte que los cumpla muy felices.

MANUELA. - (Sorprendida y tomando el ramo.) ¡Ah!... ¿es el santo?... ¿Y usted cómo lo sabe?

DOÑA MARÍA. - ¡Qué sé yo si es o no es! pero, aparentando creerlo tendrá que quedar agradecida, y puede que mande algo... (Manuela, con el ramo sale corriendo por el foro. Entra Pepa, furiosa por la izquierda, trayendo una blusa en la mano.)

PEPA. - (Con voz temblorosa por la rabia.) ¿Y por qué han de elegirme la más fea para mí?... (Agita la blusa con furor.)

DOÑA MARÍA. - ¡Che... che... che! ... ¡Dejate de historias! Eso se lo decís a Rocamora, si querés. Cada una traía el nombre escrito.

MANUELA. - (Que ha entrado por el foro aproximándose a Pepa y examinando la blusa.) ¿Qué es esto?... ¿qué es?

PEPA. - (Estrujando la blusa.) ¡Pero si es horrible!... ¡¡horrible!!... (Entra la cocinera por el foro con el ramo en la mano y sale por la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (A Manuela.) Ahí hay otra para vos.

MANUELA. - (Encantada.) ¿Para mí?... ¡para mí también! ... (Sale corriendo por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (A Pepa.) ¿Qué estás haciendo?... ¡la vas a romper! (Le quita la blusa de las manos.)

PEPA. - (Exasperada.) ¡Que se rompa!... ¡qué me importa!... (Golpeando rabiosa el suelo con el pie.) ¡Me las va a pagar!... ¡Oh!... ¡me las va a pagar!

(Se oye golpear las manos a la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (Con autoridad.) ¡Bueno... bueno... basta! ¡Ve quién golpea las manos... A ver, pronto!

PEPA. - (Siempre enfurecida y besándose los dedos en cruz mientras se dirige hacia la derecha.) ¡Por éstas que me las va a pagar! (Deteniéndose antes de salir y con acritud.) ¡Ah!... y déjese de viejas... ¿eh? ¡La pieza hay que alquilarla a algún mozo bien! (Vase por la derecha.)

MANUELA. - (Apareciendo muy risueña por la izquierda, con la blusa puesta y a tiempo de oír las últimas palabras de Pepa.) ¿Un inquilino?

DOÑA MARÍA. - Debe ser...

MANUELA. - (Mostrando la blusa que trae puesta.) ¿Qué tal me queda?... (Se contonea.)

DOÑA MARÍA. - A ver, acercate. (Después de examinarle un instante la blusa, tocándosela en distintas partes.) Aquí podrías ponerle un...

PEPA. - (Entrando bruscamente por la derecha para salir en igual forma por el foro.) Vienen a cobrar el alquiler. (Desaparece.)

MANUELA. - (Siguiéndola apresuradamente.) ¡Lindo inquilino!

DOÑA MARÍA. - (Enfurecida.) ¡Manuela! (Manuela se detiene.) Lo encerrás a San Antonio..., ya sabés dónde!... (Encrespándose y al público mientras Manuela desaparece por el foro.) ¡Yo le voy a enseñar a hacer milagros aunque no quiera!... (Asomándose por la derecha.) ¡Adelante!

(Aparece Castro por la derecha con una valija en la mano.)

DOÑA MARÍA. - (Con mucha amabilidad.) Entre... Entre... ¿cómo le va?

CASTRO. - . - (Secamente.) Aquí traigo los recibos. (Abre la valija y va a sacar algo de ella.)

DOÑA MARÍA. - (Sonriendo con mucha amabilidad.) ¡Ah!... ¿los recibos? Bueno... mire... ni los saque. De todos modos, hasta la semana que viene no se los voy a poder pagar... (Señalándole una silla.) Siéntese.

CASTRO. - (Secamente y quedándose de pie.) Muchas gracias... Pero le prevengo que no voy a poder esperar más. Hace un mes que he recibido orden de demandarla...

DOÑA MARÍA. - (Insinuante.) ¡Bah!... ¡si es cuestión de unos días!... Le prometo que para la semana que viene sin falta...

CASTRO. - (Meneando la cabeza.) ¡Siempre me dice usted lo mismo! Se van a juntar tres recibos y es para mí una gran responsabilidad.

DOÑA MARÍA. - (Con el mismo tono de antes.) ¡Pero hombre!... ¡Quien ha esperado lo más, espera lo menos!

CASTRO. - ¡No!... lo siento mucho; pero hoy mismo iniciaré la demanda. (Hace ademán de retirarse.)

DOÑA MARÍA. - (Alarmada.) ¡No hará usted eso! ¡No puede ser!... ¡Sería una mala acción de su parte!... (Gritando.) ¡Carmen!... ¡Carmen!

CASTRO. - (Menos resuelto.) ¡Si no tengo otro remedio!

DOÑA MARÍA. - (Con convicción.) ¡No!... ¡qué esperanza! ¡Eso no lo hace un amigo como usted!... (Gritando más fuerte.) ¡Carmen!

CARMEN. - (Apareciendo por la izquierda.) ¿Qué hay?

DOÑA MARÍA. - (Sonriendo.) Mirá, mirá quién está aquí... (Señala a Castro)

CARMEN. - (Sin entusiasmo.) ¡Ah!... ¿Cómo le va?

CASTRO. - . - (Adelantándose a darle la mano y con amabilidad.) Muy bien, señorita... ¿y usted?

DOÑA MARÍA. - (Con aire socarrón.) ¿Qué te parece?... Este señor quiere echarnos a la calle... ¡Así son los amigos! (Carmen permanece impasible.)

CASTRO. - (Confuso.) ¡Señora... yo no hago sino lo que me mandan!

DOÑA MARÍA. - (Intencionada.) ¡Cállese, hombre! ¡si al fin no se trata sino de unos cuantos días!... ¡de puro malo no más!... (Con sorna.) Pero, siéntese! ¡Supongo que no pretenderá crecer!... (Dándose vuelta hacia Carmen y en tono amenazador, mientras Castro se vuelve para tomar una silla.) ¡O le ponés otra cara o me las pagás después! (Castro se sienta y doña María y Carmen hacen lo mismo.)

CASTRO. - (Dulcificado.) Si por mí fuera sería otra cosa, pero...

DOÑA MARÍA. - (A Carmen, muy insinuante. Pero... decile... decile a este hombre para que se convenza. Nada más que una semana...; me parece que no es una cosa del otro mundo... (Dirigiendo una mirada amenazadora a Carmen y marcando las palabras al ver que ésta no dice nada.) Con ese dinero que vamos a recibir, todo quedará arreglado.

CARMEN. - (Con tono un tanto vacilante.) ¿No podría usted esperarnos una semana?

CASTRO. - (Indeciso.) ¿Una semana?...

CARMEN. - Sí.

CASTRO. - Si fuera algo seguro...

DOÑA MARÍA. - (Vivamente.) Pero, ¡ya lo creo!... (A Carmen, con calor.) ¡Decile... decile... vos sabés muy bien!...

CARMEN. - (Con voz apagada que quiere ser firme.) Sí, señor... es seguro...

CASTRO. - (Decidiéndose.) Bien... esperaré...

DOÑA MARÍA. - (Triunfante.) ¡Ya decía yo!... ¡no podía ser de otro modo!... (En tono de amable reproche a Castro) ¡Las ocurrencias tuyas!... ¡parece mentira!

CASTRO. - (Defendiéndose.) Pero, señora... es que...

DOÑA MARÍA. - (Interrumpiéndole.) Bueno, hombre, bueno... no hablemos más. Esto ya está arreglado y hasta olvidado...

CASTRO. - (Con alarma.) ¿Cómo olvidado?...

DOÑA MARÍA. - (Con precipitación.) Bueno, arreglado. .. Lo mismo es. ¿Quiere tomar un mate? (Entra la cocinera por la derecha y sale por el foro.)

CASTRO. - No, muchas gracias, no tomo mate.

DOÑA MARÍA. - Pues otra cosa no puedo ofrecerle... ¡Esta es casa de pobres! (A Carmen, indicándole la corbata de Castro.) Mirá, Carmen, qué bonita corbata... ¡como la que vos querías!

CASTRO. - (Sorprendido y tocándose la corbata.) ¿Esta?

DOÑA MARÍA. - ¡Es preciosa!... Carmen está desde hace tiempo deseando una corbata así, y no puede encontrarla en ninguna parte. ¡Mire que ha andado esta muchacha!

CASTRO. - (Sonriendo.) Pues es muy fácil... (A Carmen.) Si usted quiere se la enviaré, es nueva...

CARMEN. - (Vivamente.) No, señor, no.

DOÑA MARÍA. - (Intencionada.) ¡Bah!... ¿Y por qué no, zozca?... ¿Qué puede importarle a él una corbata? Si fuera algo de valor... (A Castro.) No le haga caso y mándesela.

CARMEN. - (Poniéndose bruscamente de violencia.) ¡Y yo le repito que no me mande nada! (Vase por la izquierda y haciendo un gesto de desesperación.)

CASTRO. - (Sorprendido y poniéndose de pie.) ¡Pero señorita Carmen!... (Hace ademán de seguirla.)

DOÑA MARÍA. - (Con naturalidad.) ¡Deje, hombre, no vale la pena! ¿Se va a preocupar ahora por semejante pavada?... Con mandársela no más...

CASTRO. - (Confuso y sin saber qué hacer.) Es que no quisiera que... (Mira a la izquierda.) (Aparece por el foro Manuela, que viene corriendo.)

MANUELA. - (Sorprendida al encontrar todavía a Castro.) ¡Ah!... (Se queda cortada.)

DOÑA MARÍA. - (Sonriendo.) Aquí tiene otra de mis hijas.

CASTRO. - (Distraídamente.) Sí... sí... la conozco. (Dirige una última ojeada a la izquierda.) Bueno, señora, hasta la semana que viene, entonces... (Le da la mano.)

DOÑA MARÍA. - Adiós...

CASTRO. - (Suplicante.) Y que no sea como siempre... ¿eh?

DOÑA MARÍA. - (Con aplomo.) Vaya tranquilo.

CASTRO. - (Dándole la mano a Manuela.) Adiós, señorita. (Se dirige hacia el foro.)

MANUELA. - Que le vaya bien. (Le saca la lengua, mientras Castro desaparece por la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (Acompañando a Castro y gritando hacia el exterior.) ¡Que le vaya bien!... ¡que le vaya bien! (A Manuela con naturalidad.) Ya podés sacar a San Antonio. ¡No te decía!... Si es hijo del rigor. (Se ríe.)

MANUELA. - (Vivamente.) No, déjelo otro ratito... Yo también le he pedido una cosa.

DOÑA MARÍA. - (Muy seria.) No, che, no hay que abusar. Sacalo no más...

MANUELA. - (Pesarosa.) ¡Qué lástima!

DOÑA MARÍA. - ¿Dónde anda Pepa?

MANUELA. - (Vivamente) . ¡Ah!, eso venía a avisarle. ¡Es una bruta!... me ha tirado con una maceta... ¡mire! ... (Le muestra el hombro, donde tiene restos de tierra.)

DOÑA MARÍA. - (Con ansiedad.) ¿Y la ha roto?

MANUELA. - No, si era uno de los Carritos de lata... (Con hipocresía.) ¡Fíjese que porque le dije que le pidiera a San Antonio un novio!... ¡Qué bárbara!... (Se limpia el hombro.)

DOÑA MARÍA. - Y ¿para qué le hablás de novios? Ya sabés que la pobre se exaspera...

MANUELA. - (Con hipocresía.) La verdad... ¿eh? Mire que no haber tenido nunca a nadie que le diga nada... ¡parece mentira! (Se ríe con malicia.)

DOÑA MARÍA. - (Con desdén.) Sí, ¡por bonitos que son los tuyos!... ¡Como para hablar!

(Aparece Petrona por la derecha.)

PETRONA. - Buenas tardes, tía.

DOÑA MARÍA. - (Con fastidio.) Che... ¿ya estás aquí? ¡Vos parece que no tenés nada que hacer en tu casa!...

PETRONA. - (Sonriendo.) Me mandó mamá a comprar unas cosas, y aproveché para venirme un ratito. (Se acerca a Manuela y la toma cariñosamente del brazo.)

DOÑA MARÍA. - (Con fastidio.) ¡Ya sé qué ratito es ése!... ¡Para pasártelo en el balcón haciéndole gracias a los que pasan!

PETRONA. - (Con tristeza.) ¡Como en casa no hay balcón, es tan difícil encontrar quien se fije en una!

MANUELA. - (Convencida.) ¡Ya lo creo!... ¡el balcón es una gran cosa!

DOÑA MARÍA. - Bueno, cuidado con lo que hacen...

PETRONA. - (Riendo.) Pierda cuidado, tía. (A Manuela, alegremente.) Vamos. (Petrona y Manuela tomadas de la cintura van a dirigirse hacia la izquierda, cuando Manuela se detiene de pronto.)

MANUELA. - (A doña María.) ¡Ah!... mire que Pepa se quedó en el cuarto de Morales registrándole los baúles.

DOÑA MARÍA. - (Con indiferencia.) ¡Bah!... ¡para lo que tendrá que esconder!...

MANUELA. - (Afligida.) Es que después puede creerse Morales que esta vez he sido yo también... ¡El otro día se puso furioso!

DOÑA MARÍA. - (Despreocupada.) Sí, por no sé qué historia de retratos y de cartas... Ya me dijo...

MANUELA. - (Riendo.) Son cartas de la madre. ¡si viera qué risa!... ¡no sabe casi escribir! (Va a salir por la izquierda con Petrona.)

(Aparece por el foro Pepa y se detiene al entrar, mostrando un tarro grande de vidrio que trae en las manos.)

PEPA. - ¡Qué hombre cochino!... ¡Miren lo que tiene dentro del baúl!

MANUELA. - (Deteniéndose para avanzar después hacia Pepa.) ¿Qué es, che?... ¿qué es? (Examina el tarro de cerca.)

PETRONA. - (A Manuela, al verla dirigirse hacia Pepa.) Te espero en el balcón. (Desaparece por la izquierda.)

PEPA. - (A Manuela.) Yo no sé, parece una oreja...

MANUELA. - (Riendo y muy gozosa.) Sí, es una oreja. Venga, mamá... ¡venga, vea qué raro! ... (A Pepa, con sobresalto.) ¡Cuidado!... ¡no lo movás!

DOÑA MARÍA. - (Acercándose.) ¿Oreja de qué?

PEPA. - ¡Qué, sé yo!... tiene una cosa así como dedos... mire... (Las tres juntas examinan el contenido del tarro.)

DOÑA MARÍA. - (Con enojo, enseguida del examen.) ¡Enseguida tiren eso! ¡Es lo que falta! ¡que nos venga a traer las pestes del hospital!... (Imperiosa.) ¡Llévenselo al fondo!

PEPA. - (Alarmada.) ¡Pero si se lo he sacado del baúl!

DOÑA MARÍA. - ¡Qué importa!... ¡en mi casa no se tienen esas cosas!

PEPA. - (Afligida.) ¡Es que estaba con llave... lo he abierto con una mía!

DOÑA MARÍA. - (Exasperada.) ¡Aunque sea con la de San Pedro! ¡Quién le manda traer porquerías aquí!... ¡Ligero! ¡Al fondo con eso!... (Hace un ademán enérgico. Pepa y Manuela se dirigen hacia el foro sosteniendo entre ambas el tarro, que no se cansan de examinar.)

PEPA. - (Empujando con el codo a Manuela.) Dejalo... ¡lo vas a voltear!... (Desaparece por el foro discutiendo.)

PETRONA. - (Asomando la cabeza por la izquierda y con mucho interés.) ¿Y Manuela?

DOÑA MARÍA. - Fue para el fondo.

PETRONA. - (Pesarosa.) ¡Caramba!... (Desaparece bruscamente.) (Golpean las manos hacia la derecha y doña María encaminándose hacia el sitio, asoma la cabeza al exterior.)

DOÑA MARÍA. - Adelante.

(Aparece Linares por la derecha.)

LINARES. - He visto que se alquila aquí una pieza.

DOÑA MARÍA. - (Con volubilidad.) Sí, señor, sí... una lindísima pieza... Acaba de dejarla la viuda de un coronel y estoy segura que...

LINARES.- (Interrumpiéndola.) ¿Puede verse?

DOÑA MARÍA. - (Muy amable.) ¡Cómo no ha de poder verse!... ¡ya lo creo!... pero siéntese. (Linares no se da por aludido.) Todos los que la han ocupado hasta ahora...

LINARES. - (Interrumpiéndola y con cierta sequedad.) Desearía verla.

DOÑA MARÍA. - (Que al invitarle a sentarse a su vez lo ha hecho y que se pone de pie al apercebirse de que Linares no lo hace. Con seguridad.) Bueno, hombre, bueno... (Llamando en voz alta.) ¡Carmen!... (A Linares con despecho.) Siéntese un momento.

LINARES. - Gracias, estoy bien. (Se queda de pie.)

DOÑA MARÍA. - (Con fastidio.) Bueno... ¡no se siente entonces! (Acercándose hacia la izquierda.) ¡Carmen!... (Después de un momento, a gritos y acercándose más a la izquierda.) ¡Carmen!... (A Carmen que aparece por la izquierda.) Acompaña al señor a ver la pieza.

CARMEN. - (A Linares.) Por aquí, señor... (Señala hacia el foro.) (Linares se adelanta hacia el foro y antes de salir se detiene.)

LINARES. - (A Carmen.) Pase usted... (Linares la sigue dándose vuelta para mirar con curiosidad a doña María, que a su vez lo sigue mirando y se asoma al foro después de verlo desaparecer.)

DOÑA MARÍA. - (Volviéndose al público.) ¿De dónde habrá salido ese erizo?... (Transición.) ¡Hum! ¡me parece que ahora aunque le guste, no se la alquilo!... ¡¡Yo soy así!! (Aparece Pepa por el foro dando vuelta la cabeza, como si siguiera con la mirada a los personajes que acaban de salir.)

PEPA. - (A doña María.) ¿Es algún inquilino?

DOÑA MARÍA. - Un inquilino.

PEPA. - (Con acritud.) ¡Es claro!... ¡y ya lo mandó con Carmen! ¿Por qué no me avisó a mí?... (Ante un movimiento de hombros de doña María.) ¡Aunque haga así! ¡es la verdad! ¡Aquí parece que no existiera sino Carmen!

DOÑA MARÍA. - (Con fastidio.) ¡No digas zonceras, mujer!

PEPA. - (Con amargo despecho.) ¡Todo el mundo con Carmen!... ¡Cualquiera diría que lo que no sea Carmen no sirve para nada!...

DORA MARÍA. - (Impaciente.) ¡Pero, decime, estúpida!, ¿acaso tengo yo la culpa de que nadie se haya ocupado nunca de vos?... ¿Qué querés que yo le haga?

PEPA. - (Con rabia.) ¿Y cómo se han de ocupar si usted no hace más que meterles a Carmen por los ojos?... ¡Usted tiene la culpa!

DOÑA MARÍA. - (Con sorna.) ¡Ah, sí!... ¡no ves que es por eso!... ¡pavota!...

PEPA. - ¡Claro que es por eso! (Con irritación.) ¿Y por qué ha de ser entonces?... ¿O usted también cree que Carmen es mejor que nosotras?

DOÑA MARÍA. - (Impaciente.) ¡Callate... callate... no me hagas hablar!

PEPA. - (Exasperada.) ¡Hable!... ¡qué me importa! (Amenazadora.) ¡El día menos pensado yo sé lo que va a suceder!

DOÑA MARÍA. - (Perdiendo la paciencia y con imperio.) ¡Te digo que basta! ¿eh?... (La mira con fijeza.) ¡Oh!... (Pepa, intimidada, guarda silencio, estrujando nerviosamente una punta de la bata que tiene puesta. Entra Manuela corriendo por el foro y se dispone a salir en igual forma por la izquierda.)

MANUELA. - (Al pasar.) ¡Me había olvidado del rubio flaco!

DOÑA MARÍA. - (Gritándole.) ¡Che!... (Manuela se vuelve después de haber salido.) Y ¿el inquilino?

MANUELA. - Ahí venía... (Con mucha ironía a Pepa.) ¡Puede ser, Pepa, que lo mande San Antonio!... (Lanza una carcajada y desaparece.)

PEPA. - (Enfurecida queriendo precipitarse detrás de ella.) ¡Sinvergüenza!... ¡yo te voy a dar!...

DOÑA MARÍA. - (Tomándola bruscamente de un brazo.) ¡Sosegate! (Aparecen por el foro Carmen y Linares.)

LINARES. - Señora, he visto la pieza y me conviene.

DOÑA MARÍA. - (Con sorna.) ¿Ah, sí?... ¿con que le gusta, entonces?

LINARES. - Sí, señora, desde este momento corre por mi cuenta.

DOÑA MARÍA. - (Dándose importancia.) Bueno... bueno... pero ahora soy yo la que necesita ciertos informes... algunos antecedentes respecto a su persona. Necesito saber qué es usted... necesito...

LINARES. - (Metiendo la mano en el bolsillo e interrumpiéndola.) Voy a darle a usted una seña y volveré mañana. (Le extiende un billete.)

DOÑA MARÍA. - (Encantada y tomando el billete.) ¡Ah!... perfectamente... perfectamente. (Mientras guarda el billete.) ¿Quiere usted un recibo?

LINARES. - No hay necesidad. (Saludando.) Hasta mañana. (Hace ademán de irse.)

PEPA. - (A doña María, rápidamente.) Pregúntele siquiera cómo se llama.

DOÑA MARÍA. - (A Linares muy amablemente.) ¿Su nombre?... ¿Quiere decirnos su nombre?

LINARES. - (Deteniéndose un momento.) Eduardo Linares, servidor... (Vuelve a saludar y desaparece por la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (Que lo ha acompañado hasta salir, a gritos y con grandes ademanes.) ¡Que le vaya bien, don Eduardo!... ¡Adiós!, ¡adiós!... (Saludando hacia el exterior.) ¡No, deje no más, no cierre!, ¡adiós! (Mirando después el billete que saca del bolsillo y que vuelve a guardar.) ¡Al fin!... (Golpean las manos hacia la derecha.) Carmen, ve quién es. (A Pepa, mientras Carmen vase por la derecha.) Decile a Manuela que te ayude a limpiar la pieza.

PEPA. - Acuérdesese que no hay palangana...

DOÑA MARÍA. - (Contrariada.) ¡Es verdad!... (Después de meditar rápidamente.) Bueno, pónganle la de ustedes... que ya se la sacaremos al tomar confianza.

(Entra Carmen por la derecha con un frasco en la mano.)

CARMEN. - La boticaria mando este frasco de agua de colonia.

DOÑA MARÍA. - (Muy apurada tomando el frasco.) ¡Ah! ¡sí!... ya sé. Traé para acá.

CARMEN. - Dice que aunque no es su santo le agradece lo mismo el recuerdo.

DOÑA MARÍA. - (Interrumpiéndola.) Bueno... bueno... ¡qué tanto hablar! ¡está el frasco aquí y se acabó! (Toma el frasco y se lo entrega a Pepa.) Ponémelo en mi cuarto.

PEPA. - (Sorprendida mientras toma el frasco.) ¿Qué recuerdo es ése?

DOÑA MARÍA. - (Con enojo.) ¡No te importa! (Transición.) Y cuidadito con gastar de esta agua, ¿eh? (Con aspavientos.) Esta es para cuando yo tenga esos dolores de cabeza tan fuertes que me suelen dar...

PEPA. - (Con acritud, señalando a Carmen.) Prevéngaselo a ella también. (Con rabia, viendo que Carmen sonríe.) ¿De qué te reís?... ¿por qué no te lo han de prevenir a vos como a mí?... (Se encara con ella y Carmen no contesta.)

DOÑA MARÍA. - (A Pepa, con autoridad.) ¡Basta!... ¡vaya para adentro! (Viendo que Pepa no obedece.) ¡Que se vaya, le digo!... (A gritos.) ¡Pronto! (A Carmen, con aire indiferente, mientras Pepa vase por la izquierda después de dirigir una mirada rencorosa a Carmen y haciendo gestos de rabia.) Ahí te mandó unas flores el dentista Barroso. No sé por dónde andarán... (Mira distraídamente a los lados, como buscándolas.)

CARMEN. - (Con fastidio.) ¿Barroso?... ¿y por qué se las recibió?

DOÑA MARÍA. - ¡Eso es! ¡Si te creerás que hemos de estarle haciendo guarangadas a la gente porque a vos se te ocurra! (Con acritud.) ¡Lo mismo que hoy!... ¿por qué no le aceptaste la corbata al cobrador?... (Viendo que Carmen guarda silencio.) ¿Con qué derecho lo desairaste? (Impaciente al ver que Carmen no contesta.) ¿Por qué... decí?... (Carmen, sin responder, hace un gesto de impaciencia y quiere retirarse.) ¿Qué?... ¿qué modos son éstos?... (La toma con rabia de un brazo.) ¡Contestá!

CARMEN. - (Con irritación.) ¿Qué quiere que le conteste?

DOÑA MARÍA. - ¿Por qué le dijiste que no te mandara la corbata?

CARMEN. - (Con acento reconcentrado.) ¡Porque era una indecencia!

DOÑA MARÍA. - (Con gesto amenazador.) ¿Qué decís?... ¿qué decís, atrevida? (Extiende la mano como si fuera a pegarle.)

CARMEN. - (Retrocediendo y con voz reconcentrada.) ¡Mama... mama... por Dios! ¡No me toque!

DOÑA MARÍA. - (Conteniéndose, pero furiosa.) ¿Esa es una amenaza? ¿Es ésa una amenaza?... ¡A mí!... ¡a tu madre!...

CARMEN. - (Con voz sorda.) ¡No, mama, no! No es una amenaza; pero considere... ¡ya es demasiado!... ¡se lo pido por mi padre, mama!... (Señala el retrato del capitán.) ¡No me haga usted hacer una locura!

DOÑA MARÍA. - (Exasperada.) ¿Qué querés decir?... ¿Qué querés decir con eso?... ¡Explicate... pronto! ¡Explicate!

CARMEN. - (Con voz sorda.) Que si continúa usted sometiéndome a esta vida de humillaciones y de vergüenzas, ¡el día menos pensado no me verá usted más!

DOÑA MARÍA. - (Azorada.) ¿Qué decís?

CARMEN. - (Con firmeza y casi amenazadora.) ¡Yo no he nacido para vivir así, mama!... ¡y aunque quisiera, no podría!

DOÑA MARÍA. - (Después de un momento de vacilación, como si no supiera qué partido tomar, indecisa entre pegarle o no) ¡Ay!... ¡ay!... ¡es lo único que me faltaba!... (Se deja caer sobre una silla.) ¡Ya veo que te has propuesto matarme a disgustos! ¡Eso es lo que querés!... ¡Ay! ¡ay!... ¡me ahogo! ... (Se lleva las manos a la garganta.) ¡Me ahogo!

CARMEN. - (Acercándose alarmada.) Pero, mama...

DOÑA MARÍA. (Rechazándola con ademán trágico.) ¡Salí!... ¡es tu obra, es lo que buscas! ¡hija desnaturalizada!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡me muero... (Aparenta una especie de convulsión)

CARMEN. - (Afligida.) ¡No, mama, no!... ¡por Dios, mama!... (Aproximando su cara a la de doña María.)

DOÑA MARÍA. - (Con voz desfallecida.) ¡Me muero!... (Echa la cabeza para atrás, cierra los ojos y queda inmóvil.)

CARMEN. - (Con un grito de desesperación.) ¡Manuela!... ¡Pepa!... (Vase corriendo por la izquierda y después que ha desaparecido, doña María sin variar de posición, ni levantar la cabeza, se rasca con fuerza una pierna y vuelve a quedar inmóvil.)

(Entran precipitadamente por la izquierda Manuela, Pepa y Petrona. Manuela viene comiendo algo que tiene en la mano.)

MANUELA. - (Corriendo hacia Doña María.) ¿Qué es eso, mama?... ¿qué tiene?

PETRONA. - ¿Qué le pasa, tía? (Se inclina sobre doña María.)

DOÑA MARÍA. - (Abriendo los ojos como si volviera de un desmayo y con voz desfallecida.) ¿Dónde estoy?

MANUELA. - Aquí, en casa...

DOÑA MARÍA. - (Suspirando.) ¡Entonces; no es nada!... (Buscando a Carmen con la mirada.) ¿Dónde está Carmen? (A Carmen, que ha entrado por la izquierda y se acerca a ella.) ¡Te perdono, hija, te perdono! (Le coloca la mano encima de la cabeza en actitud de protección.)

PEPA. - (Con acritud.) ¿La perdona?... ¿y qué es lo que ha hecho? (Mirando a Carmen con irritación.) ¡Cuándo no!

DOÑA MARÍA. - (Con aire resignado.) Nada... nada... se acabó. (Suspira, y después a Manuela con voz triste.) ¿Qué estás comiendo?

MANUELA. - Queso.

DOÑA MARÍA. - (Después de suspirar fuertemente otra vez.) Dame un poquito. (Manuela le da lo que tiene en la mano y doña María come, mientras Petrona vase corriendo por la izquierda, como si se volviera al balcón.)

PEPA. - (A Manuela.) ¿Querés que arreglemos la pieza?

MANUELA. - Bueno.

DOÑA MARÍA. - (Suspirando.) Y yo tengo que lavar el piso de la cocina... ¡qué trabajo!

PEPA. - Pero, mama, deje que lo lave la cocinera.

DOÑA MARÍA. - (Siempre melancólica.) Sí, pero tengo que estar... (A Pepa.) Andá, traeme los botines de Morales para no mojarme los pies. (Mientras Pepa vase por el foro, se sienta doña María y se prepara, discretamente, a sacarse los botines que tiene puestos. Después golpean las manos hacia la derecha.)

MANUELA. - (Echándose un poco para atrás y haciendo como que mira el sitio donde golpean las manos.) ¡Ahí está Rocamora!

DOÑA MARÍA. - (A Manuela, con precipitación y poniéndose de pie.) ¡Pronto! ¡Que entre! (Mientras Manuela se dirige hacia la derecha, a Carmen, que ha querido huir, con voz suplicante.) Por favor, Carmen, no estés seria con Rocamora... (Marcando el tono de súplica.) ¡Reíte un poco! (Carmen, resignada, se queda inmóvil.)

MANUELA. - (Hablando hacia el exterior.) Entre, Rocamora, entre... (Extiende la mano, inclinando el cuerpo como si indicara el paso a alguien que viniera de afuera.)

Telón

Acto segundo

La misma decoración del acto anterior. Carmen se encuentra cosiendo en escena. De cuando en cuando interrumpe su tarea llevándose el pañuelo a los ojos, para continuarla después silenciosamente. Al cabo de un momento aparece por el foro la cocinera llevando sobre el brazo algunas piezas de ropa blanca y sale sin decir nada por la izquierda. Un momento después aparece por el foro Linares y se detiene al entrar.

LINARES. - (Desde el foro.) ¿Podría usted proporcionarme una aguja?

CARMEN. - (Levantando los ojos de la costura y tratando de sonreír.) ¡Cómo no! ¿Para qué la quiere?

LINARES. - (Adelantándose hacia Carmen.) Tengo que darle una puntada a esta corbata... (Muestra una corbata que trae en la mano.)

CARMEN. - (Extendiendo la mano) Traiga yo se la daré.

LINARES. - No, ¡no hay necesidad de que usted se moleste!...

CARMEN. - (Insistiendo.) Pero si nada me cuesta. Démela.

LINARES. - (Entregándole la corbata.) Muchas gracias. (Mientras Carmen examina la corbata y se prepara a coser, Linares se sienta a cierta distancia frente a ella y después de un momento en que Carmen cose.) ¿Y su mamá?

CARMEN. - (Sin levantar los ojos.) Salió a tiendas con las muchachas. (Después de una pausa, sin dejar de coser.) ¿Qué le pasó a usted anoche al entrar?

LINARES. - (Sonriendo.) ¡Ah! ... ¿me sintió usted? ¡Fue una maceta que me llevé por delante!

CARMEN. - (Sin levantar la vista.) ¡Es tan angosta la galería!...

LINARES. - (Sonriendo.) Bueno... ¡y como yo todavía no conozco bien el camino!... Anoche he salido por primera vez después de dos semanas.

CARMEN. - (Interrumpiéndole con cierta sorpresa y levantando los ojos.) ¿Dos semanas ya?

LINARES. - (Sonriendo.) ¡Cómo no! Mañana hace dos semanas que me mudé.

CARMEN. - (Después de pensar un momento.) Es verdad, fue un viernes... ¡tiene razón! (Mientras continúa cosiendo.) ¡No parecía!... (Después de una pausa.) ¿No le hace a usted daño escribir tanto?

LINARES. - ¡Qué voy a hacer! Lo necesito... (Sonriendo.) Vivo de lo que escribo.

CARMEN. - Ya está. (Señalando la corbata.) ¿Quiere que cosa el forro también?

LINARES. - (Sonriendo.) Si no es abuso...

CARMEN. - (Haciendo un movimiento de hombros.) ¡Bah!... (Sonriendo mientras examina la corbata.) ¡Aquí se ve la mano de usted!

LINARES. - (Riendo.) ¿Por qué?

CARMEN. - (Riendo.) ¡Por lo mal cosido que está!

LINARES. - (Riendo.) ¡Pues se equivoca! Esa mano no es la mía.

CARMEN. - (Con risueña sorpresa.) ¿No? (Examinando la corbata con más atención.) De mujer no es...

LINARES. - (Haciendo con la cabeza una señal afirmativa.) ¡Y nada menos que de mi novia...! ¡figúrese!

CARMEN. - (Riendo.) ¡Caramba!... discúlpeme entonces.

LINARES. - (Riendo.) ¡No hay de qué!

CARMEN. - (En tono de broma.) Bueno... estarían ustedes conversando mientras ella cosía... ¿no es eso? (Vuelve a ponerse a coser.)

LINARES. - (Sonriendo.) Es muy posible...

CARMEN. - Así se explica...

LINARES. - (Sonriendo.) No conversemos entonces; no sea que esta costura también salga mal...

CARMEN. - (Con repentina gravedad y como si bruscamente se pusiera en guardia.) No es el mismo caso. (Linares la mira sorprendido y un tanto desconcertado, mientras Carmen sigue cosiendo.)

MORALES. - (Entrando por la derecha.) Buenas tardes.

CARMEN. - (Levantando apenas la vista para seguir después su tarea.) Buenas tardes.

LINARES. - ¿Cómo?... ¿Ya está de vuelta?

MORALES. - (Malhumorado.) Salí sin unos apuntes que necesito para la clase de la tarde. ¿No ha venido nadie?

LINARES. - ¡Que yo sepa!

MORALES. - (A Carmen, con cierta nerviosidad.) ¿A que no sabe, Carmen, a quién he visto hace un rato, como viniendo para aquí?

CARMEN. - ¿A quién? (Lo mira dejando de coser.)

MORALES. - ¿No se le ocurre?

CARMEN. - No.

MORALES. - (Irónico.) Adivine...

CARMEN. - (Sonriendo y mientras se dispone a continuar la costura.) No, ¡es mucho trabajo! (En otro tono a Linares, mostrándole la corbata.) Voy a dar vuelta esta parte... ¿no le parece? (Linares hace una señal de asentimiento y Carmen cose.)

MORALES. - (Insistiendo y con creciente ironía que comienza a ser agresiva.) ¿No adivina entonces?

CARMEN. - (Con cierto fastidio.) ¡Déjese de zonceras, hombre!

MORALES. - (Con brusquedad.) ¡Eso es! ¡Enójese ahora!... ¡Como si yo tuviera la culpa!... ¡Me parece que no es por mí por quien viene!...

LINARES. - (Sonriendo.) Pero, ¿de quién se trata?

MORALES. - (Agresivo.) De un amigo de Carmen... ¡uno que se mueve como con cuerda y habla con tanta solemnidad que parece que estuviese siempre de luto! (Cambiando de tono, a Linares que sonrío.) ¡Hombre!,

usted lo conoce; ese que cuando anoche estábamos en la puerta vimos entrar con un chico que traía unas cajas al hombro...

CARMEN. - (Haciendo una exclamación de dolor.) ¡Ay!...

LINARES. - (A Carmen.) ¿Qué?... (Va a ponerse de pie.)

CARMEN. - (Llevándose el dedo a la boca.) Nada, me he pinchado.

MORALES. - (Cada vez más agresivo.) ¿Y qué diablos trae en esas cajas, Carmen? ¡Porque es curioso!... ¡Nunca lo he visto sin el chico y las cajas!... ¡Parecen San Rafael, Tobías y el pescado!

CARMEN. - (Visiblemente molesta, poniéndose de pie y extendiendo a Linares la corbata.) Ahí tiene la corbata, señor Linares.

LINARES. - (Tomándola) Gracias.

(Carmen se dirige sin decir nada a salir por la izquierda.)

MORALES. - (Después de un momento de indecisión, adelantándose unos pasos hacia la izquierda.) ¡Carmen!

CARMEN. - (Deteniéndose) ¿Qué?

MORALES. - (En tono de arrepentimiento.) ¿Se ha enojado?

CARMEN. - (Sin poder disimular su fastidio.) ¡No hombre, no! (Vase por la izquierda y Morales hace un gesto de abatimiento.)

LINARES. - (Después de ver salir a Carmen.) Amigo Morales, ha estado usted mal. ¡Lo desconozco!

MORALES. - (Abatido) Sí... ¡Y lo peor es que sin razón!... ¡porque yo mismo lo comprendo, la pobre no tiene la culpa!... (Exaltándose.) Pero... ¡qué quiere! ¡es que no puedo! Me da rabia de verla tan... ¡qué sé yo! Tan paciente... tan sumisa...

LINARES. - ¿Quién es el individuo?

MORALES. - (Con abatimiento.) Un tal Rocamora, dueño de un registro. (Con rabia.) ¡Una bestia a quien le da por los regalos y que se ha empeñado en volcar aquí todas las porquerías que no le sirven en su casa!

LINARES. - Pero... ¿y Carmen?

MORALES. - (Con amargura.) ¡Carmen!... Carmen no le hace caso, pero ¡bah!... ¡para él no valen ni los desprecios ni los desaires! Suceda lo que suceda continúa impasible, firme en sus trece y convencido del resultado; pues en su caletre no cabe que nadie pueda resistirse a la larga a un hombre que regala, vuelve a regalar y continúa regalando... Así lo entiende y no hay quién le haga comprender otra cosa. ¡Dígame si no es irritante!...

LINARES. - (Riendo.) ¡Curioso!...

MORALES. - (Indignado.) El hecho es que tiene encantada a la familia y que no sale de aquí. Lo mismo que el dentista Barroso... ¿Todavía no se ha visto usted con Barroso? (Linares hace un gesto negativo.) ¡Pues ése es otro!... No hace más que reírse, ¡de todo se ríe! ¿De veras no lo ha visto?... (Con rabia.) ¡Dan ganas de pegarle para ponerlo triste!

LINARES. - (Con malicia.) ¡Hum!... ¡me parece que ha de bastar ser pretendiente de Carmen para no caerle a usted en gracia!

MORALES. - (Un tanto desconcertado.) ¿A mí?... ¡No, hombre! ¡A mí qué me importa!... ¡Es que me indignan!... ¡En dos años he visto desfilar a tantos!... ¡Ahora son éstos, mañana serán otros, y la pobre Carmen es la víctima!... (Con arranque.) ¡Es que usted no sabe!... ¡pero, esa vieja!... ¡¡ esa vieja!!

LINARES. - (Riendo.) ¡Pero, hombre! Al fin es lo natural. Querrá casar a la hija...

MORALES. - (Sarcásticamente.) ¿Casarla?... ¡no sea usted inocente!... ¡Dios la libre a Carmen de pensar en casarse! Si mañana llegara a tener interés por alguno, la madre sería la primera en no dejarlo poner los pies más aquí. ¡No ve que casándose Carmen se concluye el filón y la casa se derrumba!...

LINARES. - (Sorprendido.) Pero, entonces... (Se detiene no atreviéndose a concluir la frase.)

MORALES. - (Rápidamente.) ¡Ah! ¡no!, eso no. No confundamos...

LINARES. - ¡Pues, no entiendo!...

MORALES. - Sí, yo antes tampoco lo entendía, pero así es... (Con mucha intención y amargura golpeándole el hombro.) Aquí, amigo, sólo se compran amabilidades y sonrisas; tienen su precio... ¡como que de eso se vive! Lo que sí que esas sonrisas son con frecuencia simples muecas con que se trata de contener las lágrimas que quieren brotar...

LINARES. - (Sentido.) Me lo imagino. La pobre Carmen...

MORALES. - (Marcando mucho.) La pobre Carmen vive en una continua rebelión y en un constante sometimiento. No puede sublevarse del todo. Lo intenta, lo quiere; pero no puede... ¡la voluntad brutal de la madre concluye por dominarla siempre!...

LINARES. - (Mirando hacia la derecha.) Parece que hay gente... (Ambos miran hacia la derecha y escuchan. Después se oye golpear las manos.)

MORALES. - (En alta voz.) Adelante. (Nadie responde.)

LINARES. - No le han oído...

MORALES. - (Acercándose hacia la derecha y asomándose por la puerta.) Adelante. (Aparece Castro por la derecha.)

CASTRO. - (A Morales.) ¿Cómo está? (Le da la mano.) ¿Y la señora?

MORALES. - Ha salido.

CASTRO. - (Desconfiado.) Salido... ¿de veras?

MORALES. - Sí, hombre, ¡sí! Ha salido.

CASTRO. - ¿No podría hablar con la señorita Carmen?

MORALES. - Tampoco está.

CASTRO. - (Con desaliento.) ¡Pues, amigo, esta gente me tiene loco!... ¡Ya no sé qué hacer!

MORALES. - (Conciliador.) Hay que tener un poco de paciencia. Espérese unos días, cuando cobren la pensión es posible que...

CASTRO. - (Interrumpiéndolo.) ¡No, hombre, no! ¡Si es una pura embrolla!... ¡ya lo estoy viendo!... ¡no me van a pagar!

MORALES. - (Sin convicción.) ¿Pero, por qué ha de creer eso?

CASTRO. - (Con abatimiento.) ¡Y lo peor es que yo también voy a ir a la calle, pues he faltado a mi deber esperando más de lo que debía! (Con un gesto de resignación.) ¡En fin!... Yo lo he hecho por la señorita Carmen... ¡que si no!... (Con cierto reproche.) Pero ella también ha procedido mal, porque... (Transición.) Bueno... hasta la vista. (Hace ademán de irse.)

MORALES. - (Por decir algo.) Cuando lleguen les diré que ha venido usted.

CASTRO. - (Con sorna.) Sí, ¡lo van a sentir mucho!... (Vase por la derecha.)

MORALES. - (Acercándose a Linares y cruzándose de brazos.) ¡Ya lo ve usted! ¡Siempre Carmen!... ¡Y en todo es lo mismo!

LINARES. - (Con curiosidad.) Pero, dígame, ¿y las hermanas, las otras muchachas?...

MORALES. - (Haciendo un gesto significativo.) ¡¡¡Uf!!!...

LINARES. - ¿Siguen a la madre?

MORALES. - Manuela es una tilinguita, usted la ha visto, una tilinguita hipócrita y nada más; pero la otra ¡la Pepa!... (Con cómico terror.) ¡Dios lo libre de la Pepa, amigo! Imagínese usted una mujer que hasta ahora no ha encontrado, ni por casualidad, un hombre que le diga una palabra; pero así, ¡como lo oye! Ni uno solo, ¿entiende?... ¡calcule cómo será!... ¡Es claro!... ya no es una mujer, ¡es una fiera!... (Linares ríe.) ¡No, no se ría!... Muerde y araña como cualquier perro o cualquier gato... ¡póngasele a tiro y verá!

LINARES. - (Riéndose.) Por lo pronto, no he conseguido todavía que me conteste cuando le doy las buenas tardes.

MORALES. - (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué va a contestar!... (Bruscamente.) ¡No, de veras! ¡No es broma! ¡A esa mujer hay que encontrarle un novio; de otro modo nos va a devorar!...

LINARES. - (Riéndose.) ¡Vaya una familia!

MORALES. - (Con amarga ironía.) Usted escribe novelas, ¿no?

LINARES. - (Sonriéndose.) Novelas, no.

MORALES. - Bueno, cuentos... (Señalando hacia la izquierda.) Pues ahí tiene tema para uno. Llámelo "Flor de Pantano". (Dirigiéndose hacia el foro.) Voy a buscar los apuntes para la clase. (Vase por el foro.)

Síntesis del texto excluido: en el segundo acto Carmen y Linares se provocan celos mutuamente e inician una relación amistosa. Doña María está preocupada por el aumento de su pensión y pide ayuda a Linares mientras trata de evitar que se presenten dos pretendientes simultáneamente: Barroso y Rocamora. Rocamora termina cortejando a Pepa por despecho ante el rechazo de Carmen.

En el tercer acto la relación de Carmen y Linares desemboca en una declaración de amor; Pepa y Rocamora forman pareja. Castro amenaza judicialmente por el no pago del alquiler; se enfrentan nuevamente doña María y Carmen y ésta vuelve a insinuar su alejamiento.

Acto cuarto

La misma decoración del acto anterior. Entra Carmen por la izquierda con una canastilla de costura y se adelanta hasta la mitad de la escena, cuando aparece Linares por la derecha, que viene con sombrero puesto.

Al verse, ambos se detienen, vacilan un momento, se cercioran de que nadie los ve y adelantándose después el uno hacia el otro, toma Linares entre las manos la cabeza de Carmen y simula darle un beso sobre la frente, apresurándose enseguida a desaparecer por el foro, mientras Carmen, dando señales de agitación, queda con la mirada fija hacia la izquierda, como temerosa de haber sido espiada. Un instante después entra Manuela corriendo por la izquierda y al encontrarse con Carmen se detiene bruscamente y trata de hacerse la disimulada, aparentando buscar algo a su alrededor.

CARMEN. - (Sonriendo amargamente.) ¿Me habías perdido de vista?

MANUELA. - (Fingiendo sorpresa.) ¿Por qué?

CARMEN. - ¡No seas tonta! ¿Crees que no sé que desde hace días me andás espiando por encargo de mama?

MANUELA. - (Un poco confusa.) ¿Yo? ¿Qué más te quisieras!... ¡para lo que a mí me importa!

CARMEN. - (Con amargura.) ¡Hija!... ¡bonito oficio! (Le da la espalda.) ¡Seguí no más!

(Aparece doña María por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (Con acritud.) ¿Qué están haciendo aquí? (Fija la vista en Carmen.)

CARMEN. - Salgo recién del cuarto. (Mostrando la canasta.) Iba a coser.

DOÑA MARÍA. - (Siempre mirando a Carmen, mientras Manuela se aproxima hacia la puerta izquierda y se detiene cerca de ella.) ¿Está adentro el sinvergüenza ése?

CARMEN. - (Con dureza.) ¡No sé a quién se refiere!

DOÑA MARÍA. - No sabés... ¿eh? Pues me refiero a tu Linares, a quien felizmente ya voy a tener pocos días más.

CARMEN. - (Alarmada.) ¿Pocos días?

DOÑA MARÍA. - Hoy le he pedido el desalojo. ¡No quiero sinvergüenzas en mi casa!

CARMEN. - (Irritada.) ¡No era sinvergüenza cuando se trataba de conseguirle un aumento de la pensión! ¡Así agradece!

DOÑA MARÍA. - (Ahuecando la voz.) ¡El aumento!... (Desdeñosa.) ¡Bonita porquería!... ¡cincuenta pesos!... (Bruscamente.) Pero, sobre todo, aquí no se trata de aumentos, ¿entendés? ¡No quiero que hablés con él! ¡No quiero que lo veas! (Exaltándose.) ¡Eso es lo que no quiero!

CARMEN. - (Con firmeza.) ¡Desde que va a casarse conmigo!

DOÑA MARÍA. - (Furiosa.) ¿Casarse?... ¡Yo le voy a dar casarse a ese atorrante! ¡¡Canalla!! ¡¡Muerto de hambre!!

(Entra Pepa por la derecha con sombrero puesto y paquetes; deja el sombrero y los paquetes sobre un mueble mientras Manuela se le aproxima.)

CARMEN. - (Indignada.) ¡No hable así mama! ¿Con qué derecho habla así?

DOÑA MARÍA. - (En el colmo del furor.) ¡Hablaré como me dé la gana!, ¿entendés? ¿Qué es lo que te has creído? ¡Es lo que me faltaba ahora, que en mi propia casa no pueda decir lo que quiera de un zaparrastroso! ¡De un pillito! ¡De un ladrón!

CARMEN. - (Estallando.) ¡Cállese! ¡Cállese! ¡Debía darle vergüenza hablar de esa manera! (Vase bruscamente por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (A gritos, a Pepa.) ¡Ahora mismo le decís a ese bandido que no quiero que pase el día de mañana sin que se mande mudar! (En momentos en que Pepa va a salir por el foro.) ¡Y que me han dicho que le han visto en la azotea! ¡Que no quiero que suba a la azotea, porque yo misma a empujones lo voy a bajar! (A Manuela, mientras Pepa vase por el foro.) Y vos andá a ver a esa hipócrita, ¡no la perdás de vista! Es capaz de escribirle.

MANUELA. - (Encantada.) ¡No hay cuidado! (Vase por la izquierda.)

(Aparece por el foro Morales, revelando en su actitud, abatimiento.)

MORALES. - Señora, desde mañana puede disponer de la pieza.

DOÑA MARÍA. - (Sorprendida.) ¿Se va?... ¿Por qué se va?

MORALES. - (Después de un momento de vacilación.) He resuelto mudarme...

DOÑA MARÍA. - Pero, tendrá algún motivo...

MORALES. - No, señora, no. Quiero estar más cerca del hospital. Eso es todo.

DOÑA MARÍA. - (Incrédula.) Pero, ¿de veras se va?

MORALES. - (Con una sonrisa triste.) De veras.

(Entra Manuela por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (A Morales.) Espéreme un momento, tenemos que hablar. (Imperativa.) ¡Usted no puede irse así!

(Morales indica con un gesto que tiene su resolución tomada y doña María vase por la izquierda.)

MORALES. - (Sonriendo.) ¿Y qué tal los novios, Manuela?

MANUELA. - (Sonriendo.) Novios, no; simpatías no más.

MORALES. - Bueno, las simpatías.

MANUELA. - Esta de ahora me parece que... (Hace un gesto significativo, queriendo expresar que la considera asegurada.) ¡Quién sabe!...

MORALES. - ¿Cómo se llama?

MANUELA. - ¡Ah!, el nombre no sé. Yo le llamo el del pajizo.

MORALES. - (Riendo.) ¡Ah!... ¡ahora es el del pajizo!

MANUELA. - (Con naturalidad.) Sí, era un amigo del morocho, ¿se acuerda? Siempre lo acompañaba cuando venía por aquí.

MORALES. - ¿Y el morocho qué se hizo?

MANUELA. - (Con melancolía.) Se fue.

MORALES. - ¿Dejando al amigo? ¡Menos mal!

MANUELA. - (Con tristeza.) ¡Así es!

MORALES. - (Como si de pronto escuchara algún ruido extraño hacia la izquierda.) ¿Qué es?

MANUELA. - ¿Qué?

MORALES. - Oiga. (Indica hacia la izquierda y ambos hacen como que escuchan.)

MANUELA. - No es nada. Mama que está queriendo hacerle abrir la puerta a Carmen, que se ha encerrado.

MORALES. - (Haciendo un gesto de lástima.) ¡Pobre Carmen!

PEPA. - (Entrando por el foro y muy irritada.) ¡Qué hombre más torpe! (Mostrando las manos.) ¡Miren cómo me he puesto las manos a fuerza de golpearle la puerta! ¡Y resulta que estaba en la azotea! (A Manuela.)

¿Dónde anda mama?

MANUELA. - Está adentro.

(Pepa vase por la izquierda, cuando aparece por ésta doña María.)

DOÑA MARÍA. - (Con irritación.) ¿Le dijiste?

PEPA. - Sí.

DOÑA MARÍA. - ¿Qué contestó?

PEPA. - Que está bien.

(Pepa vase por la izquierda y doña María se aproxima a Morales y a Manuela.)

DOÑA MARIA. - (A Manuela.) Colocátele delante de la puerta. (Antes de que Manuela concluya de salir por la izquierda.) Y no te movás, ¿eh?... (Después de salir Manuela y en otro tono.) Siéntese, Morales. (En tono confidencial después de sentarse ambos.) Yo sé por lo que usted se va.

MORALES. - Señora, ya se lo he dicho: el hospital.

DOÑA MARÍA. - No, no es cierto. Pero le voy a dar una noticia que lo hará cambiar de parecer. (Con mucha intención.) Linares se muda. A Linares le he exigido que me deje la pieza. Linares no continuará viviendo en esta casa.

MORALES. - (Con tristeza.) ¡Y bien, señora!... ¡Eso no modifica en nada mi resolución!

DOÑA MARÍA. - (Con enojo.) Tiene que modificarla, ¿cómo no la va a modificar? (Insinuante.) Usted se va porque Linares lo incomoda, porque estoy segura que se ha imaginado entre Carmen y él lo que en realidad no existe; pero, de todos modos, yéndose Linares, no tiene por qué irse usted.

MORALES. - (Protestando débilmente.) No, señora, no. ¡Si no es eso!

DOÑA MARÍA. - ¡Qué no ha de ser, hombre! ¿O usted cree que soy ciega y no comprendo las cosas? ¡Déjese de zonceras y no trate de hacer comedias conmigo! ¿No ve que he nacido mucho antes que usted? (Viendo que Morales no contesta.) ¡Vaya!... usted se queda, Linares se va, y todo vuelve como antes.

MORALES. - (Con profunda amargura.) ¡Y dice usted que no es ciega! ¡En medio de todo va a concluir usted por darme lástima! (Se pone de pie paseándose nerviosamente.)

DOÑA MARÍA. - (Sorprendida.) ¿Qué dice?

MORALES. - (Encarándose bruscamente con ella.) ¡No, señora, no! ¡No se haga usted ilusiones! ¡No se engañe respecto a la situación que usted misma se ha creado con su atolondramiento y sus inconsciencias!... ¡Ya su imperio se acabó!

DOÑA MARÍA. - ¡Morales! ¿Qué quiere decir esto? (Se pone de pie y toma una actitud de dignidad ofendida.)

MORALES. - (Atenuando el tono.) ¡Sí, señora! ¡Lo que tenía que suceder ha sucedido! ¡Es preciso resignarse! ¡Hasta ahora su egoísmo ha sido la única fuerza, subordinándolo todo a su servicio! ¡De hoy en adelante hay algo que puede más que su egoísmo: el amor, señora, el amor!... ¡que es el más fuerte!

DOÑA MARÍA. - (Indignada) . ¡No diga usted disparates! ¿A qué viene eso?

MORALES. - (Con tristeza.) Carmen y Linares se quieren, ¡déjelos que sean felices! No trate de oponerse usted... ¡sería inútil cuanto hiciera! Ya ve, yo también me resigno!... ¡Y sabe Dios lo que me cuesta!

DOÑA MARÍA. - (Violentemente.) ¡Usted no es nadie! ¡Pero yo soy su madre y mientras viva no se ha de hacer aquí sino mi voluntad!

MORALES. - (Con amargura.) ¡No se engañe! La autoridad de madre, en su alto concepto, no la tiene, no la puede tener. ¡Usted misma se ha encargado de perderla! Ahora usted manda, pero no convence. Inspira usted temor, pero no respeto. ¡Su autoridad es de esas a las que se obedece en todo lo que se ve y cuando está presente! ¡No es la santa autoridad de madre a la que por el placer de obedecerle se la obedece siempre!

DOÑA MARÍA. - (Con arrogancia.) ¡Pues con eso me basta! ¡Y se hará lo que yo mande! (Con violencia.) ¡Y por lo pronto salga usted de aquí! (Le señala la puerta de salida con un ademán enérgico.)

MORALES. - (Sin alterarse) . Sí, señora, me voy; pero... ¡cuidado! ... ¡no se equivoque! Carmen no está preparada para la lucha. Ha secado usted en ella todas las nobles fuentes de resistencia, y no ha sabido usted cultivar ninguno de los sentimientos elevados capaces de imponer el sacrificio. No tiene siquiera una noción clara de lo que es la vida, y aunque por instinto sabe que no es lo que le ha enseñada usted, el instinto no basta, la confusión se establece, y concluye el espíritu por perder el rumbo al contacto diario de miserias y flaquezas. ¡Vea que ese cariño es el único halago generoso y puro que ha conocido en la vida! ¡La primera bocanada de aire sano que acaricia sus pulmones! ¡Se aferra a él porque siente que la levanta y la dignifica! ¡No cometa el error de oponerse! ¡Carmen no puede luchar! ¡Es un leño al que azotan todas las olas!... ¡Cuidado!... ¡no lo arrastre la corriente! (Se coloca el sombrero y vase por la derecha, dejando a doña María suspensa y perpleja durante un instante.)

DOÑA MARÍA. - (Corriendo hacia la puerta derecha y asomándose por ella.) ¡Morales! (Después de un rato, levantando la voz.) ¡Morales! (En el momento de asomarse doña María a la puerta derecha ha aparecido Carmen por la izquierda y, al ver a doña María de espaldas, vase apresuradamente por el foro sin que ésta se aperciba. Después de salir Carmen, doña María hace un gesto de indiferencia al ver que Morales no vuelve y va a retirarse de la puerta, cuando de pronto, como si oyera algún ruido hacia el exterior, vuelve de nuevo a asomarse y escucha un momento.) ¿Quién anda ahí? (Escuchando.) ¡Oh! ¿qué es eso?

(Entra Petrona por la derecha llorando con fuerza.)

DOÑA MARÍA. - ¡Adiós! ¡Es lo que faltaba! ¿Alguna pelea con el embrollón de tu novio?

PETRONA. - (Llorando.) ¡¡Es un cobarde!! ¡En el zaguán mismo acaba de darme una cachetada!

DOÑA MARÍA. - (Sorprendida.) ¿Una cachetada?

PETRONA. - (Llorando.) Venía siguiéndome desde casa, ¡y aprovechó cuando entré! ¡Es un cobarde! (Mostrando una mejilla.) ¡Vea cómo me ha puesto!

DOÑA MARÍA. - (Azorada.) ¿Qué estás diciendo, mujer? ¿Tu novio te cachetea?

PETRONA. - (Siempre llorando.) ¡Con el pretexto de que tiene celos, me pega siempre! ¡Ya no puedo más! ¡El domingo, en la isla de Maciel fue lo mismo!

DOÑA MARÍA. - ¡En la isla de Maciel! ¿Vos has ido con tu novio a la isla de Maciel? ¿Cuándo?... ¿con qué motivo? (Viendo que Petrona no contesta.) ¡Contestá! ¿qué quiere decir esto? (Al ver que no contesta, en otro tono.) ¡Che... che... che...! ¿sabés que no me está gustando el asunto? Hoy mismo le voy a avisar a tu madre.

PETRONA. - (Con angustia.) ¡No, no por Dios! ¡Si se lo dice no me va a dejar verlo más!...

DOÑA MARÍA. - (Sorprendida.) ¿Verlo?... ¿Y todavía pensás en verlo después de lo que te ha hecho?

PETRONA. - (Con angustia.) ¡Y cómo quiere que no lo vea! (Llora.)

DOÑA MARÍA. - (Indignada.) ¡A ese miserable! ¡A ese canalla!

PETRONA. - (Con angustia.) Canalla no es.

DOÑA MARÍA. - (Indignada.) ¿No es canalla el que le pega a una mujer? ¿Qué es entonces?

PETRONA. - Me pega porque tiene celos y tiene celos porque me quiere, ¡y eso no es ser canalla! ¿sabe?

DOÑA MARÍA. - (Azorada.) Pero, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo, desgraciada? ¿Quiere decir que encontrarás muy bien que te maltrate? ¿Que te gusta que te golpee?

PETRONA. - (Secándose las lágrimas.) ¡Eso no! ¡Pero desde que no hay otro remedio, qué se va a hacer!... ¡Para eso es hombre! (Transición.) Deje que me moje un poco la cara y me voy. (Da unos pasos hacia la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - ¡Sí, y para no volver!

PETRONA. - (En tono de súplica y deteniéndose.) ¡Pero tía!

DOÑA MARÍA. - (Resueltamente.) ¡Ni una palabra! Elegí: o le aviso a tu madre, o no volvés a poner los pies más aquí.

PETRONA. - (Resignada.) En ese caso, no volver. (Vase tristemente por la izquierda y doña María la sigue con la mirada sin salir de su asombro.)

DOÑA MARÍA. - (Acercándose después hacia la izquierda, por cuya puerta se asoma.) ¡Manuela! (En voz más alta.) ¡Manuela!

(Después de un instante aparece Manuela por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (Con enojo.) ¿Dónde estabas?

MANUELA. - (Vacilando y confusa.) Ahí, donde usted me dijo. ¿Dónde quiere que estuviera?

DOÑA MARÍA. - Andá, golpeale otra vez. ¡Decile que si no abre le voy a echar la puerta abajo! (Manuela vase apresuradamente por la izquierda a tiempo que entra por la misma Pepa, a quien por poco lleva por delante.)

PEPA. - (Sulfurándose y a gritos hacia el exterior.) ¡Eh!... ¡más cuidado! ¿No tenés ojos? (Arreglándose el vestido.) ¡Qué burra! (Transición.) ¿Sabe quién está en el balcón de enfrente con la hija del relojero? ¡Barroso! (Se ríe.) ¡Dicen que se casa! ¿Será cierto?

DOÑA MARÍA. - (Distraída.) ¿Está cerrada la puerta del cuarto de Carmen?

PEPA. - No, si en el cuarto no está.

DOÑA MARÍA. - (Alarmada.) ¿Cómo que no está? ¿Quién no está?

PEPA. - Carmen. Vi a Petrona lavándose la cara. No hay nadie más.

DOÑA MARÍA. - (Nerviosa.) ¿Qué no está en el cuarto Carmen? ¿Estás segura? (Entra Manuela por la izquierda con cara de espanto.)

MANUELA. - Se ha salido.

DOÑA MARÍA. - (Avanzando hacia ella furiosa.) ¿No te dije que no te movieras del lado de la puerta? (Levanta el brazo amenazándola.)

MANUELA. - (Agachándose y defendiéndose con los brazos.) ¡Me había asomado un ratito al balcón.

DOÑA MARÍA. - (Agitada.) ¡A ver!... ¡ligero! ¡Corré! ¡Ligero! ¡Debe estar hablando con ese canalla!... (Doña María, Manuela y Pepa se dirigen precipitadamente hacia el foro, cuando aparece por éste Carmen, que viene muy abatida y enjuagándose las lágrimas.)

DOÑA MARÍA. - (Con mucha irritación al ver a Carmen.) ¿De dónde salís? ¿Qué has estado haciendo?

CARMEN. - (Con voz temblorosa, señalando a Pepa y a Manuela.) Dígales que se vayan, que nos dejen un momento. (Manuela hace ademán de irse pero Pepa permanece impassible; entonces Manuela también se detiene.)

CARMEN. - (Con voz suplicante a Pepa y a Manuela.) ¿Por favor ! ¡Vayáanse! (Pepa y Manuela, sin decir nada, vane por la izquierda.)

DOÑA MARÍA. - (Nerviosa.) ¿A qué viene esto, ahora?

CARMEN. - (Sollozando después de ver salir a Pepa y a Manuela.) ¡Mama!... ¡mama! ¡Téngame lástima! (Corre hacia ella.) ¡Usted no puede desear mi desgracia! ¡Al fin es mi madre!... ¡Y no va a querer que yo sea desgraciada!

DOÑA MARÍA. - (Rechazándola.) ¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás diciendo?

CARMEN. - Linares no puede irse solo de aquí. ¡Linares me quiere! ¡Consienta, mama, en que nos casemos!

DOÑA MARÍA. - (Con irritación.) ¡Salí! ¿Y para esto soy tu madre? ¿Cómo podés imaginarte que voy a consentir en semejante disparate?

CARMEN. - (Con voz suplicante y sollozando.) ¡Es mi felicidad la que le pido!

DOÑA MARÍA. - (Con sorda irritación.) ¡Tu felicidad! ¡Es claro!... ¡y con eso creés haberlo dicho todo! ¿Quiere decir entonces que yo no soy nadie? ¿Que yo no significo nada? (Exaltándose.) ¿Creés que te he criado, que te he alimentado, que te hecho lo que sos, ¡sacrificándome toda la vida! para que así, el mejor día, ¡porque se te ocurre! me dejés por un bribón cualquiera. ¿Encontrás eso muy natural, muy razonable?

CARMEN. - (Con angustia.) Pero, ¿qué mayor satisfacción para usted, mama, que verme contenta y feliz al lado del hombre que quiero?

DOÑA MARÍA. - (Exaltada.) Pero, ¿y yo?... ¿y yo? ¿No pensás en mí? ¿No pensás en mi situación cuando vos estés lejos? ¿No soy nadie para vos? ¿Qué dirías si tus hermanas hicieran lo mismo? Si me dejaran, si todas me abandonararan... (Con voz quejumbrosa.) ¿No te da lástima imaginarte esta pobre vieja, ¡enferma y sola! tirada por sus hijas al medio de la calle, con el pretexto de que cada una ha querido buscar la felicidad a su manera?

CARMEN. - (Con angustia.) ¿Y yo qué puedo hacer, mama?... ¿qué puedo hacer yo? ¡Piense un poco también en mí! ¡Si lo quiero!... ¡¡lo quiero!!

DOÑA MARÍA. - ¡Olvidarlo! ¡No acordarte más de él! ¡Eso es lo que tenés que hacer!... ¡No acordarte de que existe en el mundo semejante pillito!...

CARMEN. - (Con mucha ternura.) ¡Pero, si para mí, mama, Linares es la vida! ¡Sin él no podría vivir! ¡He llegado a quererlo tanto, que cuando pienso así, que pudiera faltarme, que pudiera no volverlo a ver!... No sé explicarle lo que me pasa, no podría decirle lo que siento, pero es un vacío tan grande, una angustia tan extraña, que sólo se me ocurre llorar... y lloraría, ¡lloraría siempre, sin importarme de nada, ni preocuparme de otra cosa que de continuar llorando, hasta que lo volviera a ver!

DOÑA MARÍA. - Pero... ¿y yo?, ¿y yo? ¡Pensá en nosotras! ¡Pensá en mí!

CARMEN. - (Con aflicción.) ¡Si no puedo! ¡Pienso en que lo quiero... y no puedo pensar más!

DOÑA MARÍA. - (Imperativa.) ¡Basta de ridiculeces! ¡Es preciso y se acabó!

CARMEN. - (Angustiada.) ¿Pero usted no sabe entonces lo que es querer? ¡Querer mucho!... querer así, ¡como yo quiero! ¿Acaso porque sea preciso se va a dejar de querer?... ¿Cómo puede decir eso, mama, usted que también tiene que haber querido?...

DOÑA MARÍA. - (Imperativa.) ¡Basta, he dicho!

CARMEN. - (Desesperada.) ¡Oh! ¡no! ¡Se lo suplico!

DOÑA MARÍA. - (Exasperada.) ¡Te digo que basta!

CARMEN. - (Sollozando.) ¡Se lo suplico! ¡Mama, se lo suplico! ¡Fíjese por Dios en lo que hace! ¡¡Por última vez, mama!! (Cae de rodillas delante de doña María.)

DOÑA MARÍA. - (Fuera de sí.) ¡Basta! ¡Basta! ¿No entendés?

CARMEN. - (Con repentina resolución y enderezándose.) Está bien, basta. (Vase silenciosamente por la izquierda y doña María la sigue con la mirada hasta que desaparece.) (Entra Petrona por la izquierda y se dirige a salir por la derecha.)

PETRONA. - (Sin detenerse.) Adiós, tía.

DOÑA MARÍA. - (Secamente.) Adiós.

PETRONA. - (Deteniéndose antes de salir y con mucha humildad.) ¿Entonces, ¿no quiere que vuelva?

DOÑA MARÍA. - ¡No! ¡Que te aprovechen las cachetadas! ¡Seguí no más!...

PETRONA. - (Con mucho sentimiento.) ¡Oh, no, tía estoy segura que ahora está esperándome en la esquina!

¡Cada vez que me pega se pone después de cariñoso y de bueno!... ¡Pobre! ¡Da lástima! (Desaparece por la derecha a tiempo que golpean las manos y en seguida vuelve a aparecer.) Tía, aquí está el señor Rocamora. (Da paso a Rocamora y al muchacho que lo sigue con unas cajas y vase nuevamente.)

ROCAMORA. - (Adelantándose a dar la mano a doña María, mientras el muchacho deja las cajas sobre una silla y vase por la derecha) . Buenas tardes.

DOÑA MARÍA. - Un momento, Rocamora, voy a avisar a Pepa. Siéntese. (Se dirige a la izquierda) .

ROCAMORA. - Estoy bien, gracias. (Doña María vase por la izquierda y Rocamora empieza a pasearse a lo largo del escenario. Al cabo de un instante se asoma Linares por el foro, observa la escena sin que Rocamora lo aperciba y desaparece inmediatamente. Después de un momento aparece Carmen por la izquierda y vase apresuradamente por el foro aprovechando un instante en que Rocamora en sus paseos le da la espalda. En seguida de salir Carmen aparece Manuela muy agitada por la izquierda y mira a todos lados, como buscando a alguien.)

MANUELA. - (Bruscamente a Rocamora.) ¿No ha venido Carmen por aquí?

ROCAMORA. - (Sin interrumpir sus paseos.) No. (Manuela vuelve a desaparecer apresuradamente por la izquierda.)

(Entran por la izquierda doña María y Pepa.)

PEPA. - (Secamente, adelantándose a Rocamora.) ¡Qué horas de venir!

ROCAMORA. - (Dándole la mano.) Discúlpeme. Un quehacer urgente.

PEPA. - (Nerviosamente.) Sí, sí, muy bonito. (En voz baja y olfateándole la ropa.) ¡Qué olor tan raro! ¿De dónde salís?

ROCAMORA. - (En igual forma.) Del registro.

PEPA. - (Nerviosamente y aparte.) ¡Mentira! ¡Decí, decí!... ¿de dónde? (Rocamora aparenta darle explicaciones en voz baja, accionando mucho.)

MANUELA. - (Entrando muy agitada por la izquierda y aparte a doña María.) ¡No la puedo encontrar!

DOÑA MARÍA. - ¿A quién?

MANUELA. - ¡A Carmen!

DOÑA MARÍA. - (Alarmada.) ¿No está en su cuarto? ¿Has visto bien?

MANUELA. - (Apresuradamente.) Vuelva a ver usted! ¡Yo entretanto voy al fondo! (Mientras Manuela vase corriendo por el foro, doña María vase precipitadamente por la izquierda.)

ROCAMORA. - (Solemne y después de dirigir una mirada a su alrededor.) Nos han dejado solos.

PEPA. - (Con falso pudor.) ¡Es verdad! (Mira a los lados y de pronto, aunque Rocamora ha permanecido impassible.) ¡No quiero! ¡Estáte quieto! (Retrocede.)

ROCAMORA. - (Solemne.) ¿Qué?

PEPA. - (Haciéndose la confundida.) ¡Ah! no, yo creía. (Baja los ojos.)

ROCAMORA. - (Aproximándose a Pepa siempre solemne tratando de dar a la voz cierta emoción.) ¡Pepa! (Entra corriendo Manuela por el foro y sale por la izquierda sin preocuparse de Pepa ni de Rocamora.)

PEPA. - (Fingiéndose alarmada.) ¡Ahí tenés lo que sacás! ¡Nos ha visto!

ROCAMORA. - (Sorprendido.) ¿Y qué puede habernos visto?

PEPA. - (Bajando los ojos.) ¡Es una imprudencia!

ROCAMORA. - (Con emoción.) ¡Pepa!... (Se aproxima mucho a ella.)

PEPA. - (Con pasión) ¡Filiberto!... (Se miran un momento y después Rocamora, con mucha solemnidad, le da un beso en la frente y en ese instante entran bruscamente por la izquierda Manuela y doña María, con la manifiesta intención de salir en igual forma por el foro. Vase Manuela corriendo por el foro sin apercibirse de nada, pero doña María, que sorprende el beso de Rocamora, se detiene bruscamente y mira durante un instante con expresión de estupor a Rocamora y a Pepa, que permanecen confusos y sin saber qué hacer.)

DOÑA MARÍA. - (Avanzando con dignidad.) ¿Qué quiere decir esto? (Rocamora y Pepa bajan la cabeza sin responder.) ¿Es ésta la manera que tiene usted de corresponder a la confianza con que se le recibe en esta casa? (Rocamora no responde.) ¡Conteste! ¡so sinvergüenza! (Gesto de indignación de Rocamora.) ¿Es así como responde usted a las bondades que con usted se tienen? (Con mucha energía.) ¡Inmediatamente sale usted de aquí! (Le señala la puerta.)

PEPA. - (Levantando la cabeza.) ¡Eso no, mamá!

DOÑA MARÍA. - (Sin preocuparse de Pepa.) ¡Salga usted en seguida! (Rocamora hace ademán de irse.)

PEPA. - (Fuera de sí, precipitándose sobre Rocamora y tomándolo de los brazos.) ¡No! ¡No! ¡Vos no podés irte! ¡No le hagás caso! ¡No! ¡No!

DOÑA MARÍA. - (A gritos.) ¡Pepa! ¡Fijáte en lo que hacés!

PEPA. - (Luchando con Rocamora que quiere desasirse de ella.) ¡Quedate! ¡No le hagás caso! ¡Vos no te vas!

ROCAMORA. - (Desprendiéndose violentamente de Pepa, que cae de rodillas con el choque.) ¡Perfectamente! (Vase por la derecha.)

DOÑA MARÍA. - (Precipitándose sobre las cajas que trajo un momento antes Rocamora a las que toma y arroja por la derecha.) ¡Y llévese también sus porquerías!

PEPA. - (Levantándose del suelo ha corrido hacia la derecha y asómase por ella gritando con desesperación.) ¡Rocamora! ¡Rocamora!

DOÑA MARÍA. - (Tironeándola sin resultado.) ¡Sosegate! ¡No hagás caso!

PEPA. - (Con angustiosa desesperación.) ¡Rocamora! (Volviéndose como una fiera hacia doña María, al convencerse de que Rocamora no vuelve.) ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Qué ha hecho usted? ¡Vieja loca! ¿Con qué derecho me quita lo que es mío? (Amenazadora.) ¡Diga!... ¿con qué derecho? (Levanta el brazo como si fuera a pegarle.)

DOÑA MARÍA. - (Retrocediendo asustada.) ¡Pepa! ¿estás en tu juicio?

MANUELA. - (Gritando desde el interior del foro.) ¡Mama! ¡Mama! (Apareciendo.) ¡Carmen y Linares no están por ninguna parte!

DOÑA MARÍA. - (Azorada.) ¿Qué?... ¿Qué decís? (Se abalanza hacia Manuela.)

MANUELA. - ¡Que Carmen se ha ido, mama!

DOÑA MARÍA. - (Precipitándose por el foro.) ¿Que se ha ido? (Con voz angustiosa.) ¡Carmen! ¡Carmen! ¡Carmen! (Manuela ha salido junto con ella y la voz de doña María se va apagando gradualmente hasta apagarse del todo. Después de salir doña María, Pepa vacila un momento, concluye por hacer un gesto enérgico y poniéndose precipitadamente el sombrero desaparece a su vez por la derecha. La escena queda un instante vacía y después se derrumba con estrépito el cuadro de las medallas y el telón comienza a descender lentamente mientras se oye de nuevo la voz de doña María que se aproxima llamando a Carmen.)

Telón final